

EL ECUMENISMO ENTRE NOSOTROS HOY¹

Juan Pablo García Maestro²

Buenas tardes a todos y gracias por haberme invitado esta tarde a la comunidad parroquial de los PP. Franciscanos. Mi mayor felicitación a todos aquellos que fomentáis la sensibilidad por el ecumenismo en la acción pastoral de la Iglesia.

Quiero por eso afirmar desde el inicio que el ecumenismo es responsabilidad y tarea de todo cristiano. No es una moda pasajera. Hunde sus raíces en el Dios en que nosotros creemos, el Dios Trinidad que es comunión, pluralidad y, a su vez, unidad. Y adentra sus raíces en la persona de Jesús de Nazaret, que antes de su muerte oró al Padre para que fuésemos uno, para que el mundo crea (cfr Jn 17, 21)³. Y que además nos dejó la eucaristía como sacramento de la unidad⁴.

Dentro de este sentido teológico y cristológico del ecumenismo, quiero citaros la pregunta que alguien hacía a los miembros de la Iglesia griega

¹ El texto corresponde a la ponencia presentada en la parroquia de San Fermín de los Navarros (Madrid), el 13 de enero de 2010, con ocasión de la Semana de oración por la unidad de los cristianos.

² Religioso de la Orden de la Santísima Trinidad. es profesor de Teología Fundamental y de Eclesiología en el Instituto Superior de Pastoral de Madrid y de Teología y catequesis en el Instituto Superior «San Pío X». Es vicario parroquial de la Parroquia de San Juan Bautista de la Concepción en el barrio de Aluche (Madrid).

³ El papa Juan Pablo II lo formula con claridad: «*Creer en Cristo implica desear la unidad*». De ahí que el ecumenismo no sea un asunto secundario ni un mero apéndice; antes bien, es el camino de la Iglesia. Éste no es obra nuestra, sino un impulso del Espíritu Santo (UR 1;4), que es el único que puede regalarnos la plena unidad ecuménica. Por eso el ecumenismo no es una cuestión política, diplomática o meramente pragmática; antes de nada, es un propósito espiritual. Su objetivo —la unidad visible— supone, en concreto que todos podamos sentarnos juntos a la única mesa del Señor, participando del único cuerpo eucarístico de Cristo y bebiendo del único cáliz.

⁴ W. Kasper, *Sacramento de la unidad. Eucaristía e Iglesia*, Sal Terrae, Santander 2005.

(pero que sirve para todos los cristianos): «Cuando Dios, que bajó del cielo para congregarnos en la unidad de un solo rebaño, que con ese fin se encarnó y fue crucificado, nos pida cuentas de esta ruptura con nuestros hermanos, ¿qué le responderemos?»⁵

«Ecumenismo, afirma Benedicto XVI, es antes que nada una actitud fundamental, un modo de vivir el cristianismo. No es un sector particular junto a otros posibles sectores. El deseo de unidad, el trabajo por la unidad pertenece a la estructura del mismo acto de fe porque Cristo vino para reunir a los hijos de Dios que estaban separados».

El ecumenismo es cosa de creyentes⁶ y responsabilidad de todos porque nos viene del mejor legado que nos dejó el Concilio Vaticano II. Este concilio fue no sólo un concilio pastoral, sino ante todo y sobre todo fue un concilio ecuménico⁷.

El 28 de octubre de 1958 fue elegido Papa Juan XXIII. Él traía a la Sede Apostólica una vocación singularísima: *la vocación de la unidad cristiana*. En el cónclave de su elección lo anticipaba:

«Abrazamos con ardiente y paternal amor tanto a la Iglesia occidental como oriental; incluso a los que están separados de esta Sede Apostólica. A éstos... extendemos nuestros brazos abiertos».

El 25 de enero de 1959, al finalizar la Semana de Oración Universal por la unión de los cristianos, en la basílica de San Pablo Extramuros, anunció a los cardenales su propósito de convocar un concilio «para buscar los caminos de la unidad».

⁵ Citado por Y. Congar, *Cristianos desunidos. Principios de un ecumenismo católico*, Ed. Verbo Divino, Estella (Navarra) 1967, p. 25.

⁶ J. García Hernando, *Ecumenismo: cosa de creyentes*, Centro Ecuménico de Misioneras de la Unidad, Madrid 2001².

⁷ Envío al excelente análisis que presenta el actual presidente del Pontificio Consejo para la Unidad de los Cristianos el cardenal Walter Kasper, «El decreto del Concilio Vaticano II sobre el ecumenismo y su permanente obligatoriedad teológica» en *Caminos de unidad. Perspectivas para el Ecumenismo*, Ed. Cristiandad, Madrid 2008, pp. 25-59.

El 29 de junio de 1959, Juan XXIII publicó su primera encíclica *Ad Petri Cathedram*, indicando los fines del Concilio. Tres fueron los objetivos del Concilio para este gran papa: la unidad de los cristianos, la apertura al mundo y la opción preferencial pero no exclusiva por lo pobres.

De estos tres objetivos los dos primeros adquieren su verdadero significado en tanto en cuanto se asuma con sinceridad la opción y nuestro amor preferencial por los excluidos de nuestra sociedad.

Por eso creo que una de las cosas más acertadas que Juan Pablo II dijo sobre el ecumenismo postconciliar es que finalmente nos atrevemos a llamarnos hermanos. Dice así en su encíclica sobre el ecumenismo:

«Los cristianos que vivieron juntos durante tantos siglos, en un momento desgraciado se separaron, pero el ecumenismo ha cambiado las actitudes entre ellos. Ya no se consideran como enemigos o extraños, sino como hermanos en Cristo. Incluso ya no se les debe llamar “hermanos separados”, porque este término es un tanto hiriente, sino cristianos de otras comunidades»⁸.

Desde estos presupuestos, deseo dividir mi exposición en cinco puntos. En el primero me detendré en cómo la era de la globalización afecta al ecumenismo y la consiguiente postura cristiana frente a este fenómeno. En el segundo analizo el delicado tema de la verdad en el ecumenismo. En el tercer apartado presento la relación entre ecumenismo y misión, pues este año 2010 celebramos el primer centenario de la Asamblea de Edimburgo (1910). En el cuarto me detengo en reflexionar la realidad del ecumenismo entre nosotros. Y, finalmente, en el quinto y último punto responderé a la pregunta qué estamos llamados a hacer y a comprometernos por la unidad de los cristianos.

⁸ Juan Pablo II, Carta Encíclica *Ut unum sint*, San Pablo, Madrid 1995, n. 41.

HACIA UNA GLOBALIZACIÓN MÁS HUMANA Y MÁS FRATERNA

La humanidad necesita hoy más que nunca de una verdadera unidad entre los pueblos⁹. La globalización es un hecho real y un facilitador posible de aquel noble fin. Sin embargo, hay culturas que terminan imponiéndose sobre otras e intereses que la orientan hacia una dirección exclusivamente economicista¹⁰. Que la humanidad se ha estrechado y que las distancias son más relativas que nunca es algo evidente. A pesar de ello, parece que se construyen más muros que nunca: unos de hormigón y concertina, otros a base de leyes xenófobas, otros desvalorizando la acogida y la hospitalidad. Por eso, muchos que han venido a nosotros en busca de mayores cotas de bienestar se sienten rechazados y engañados. Acaban viviendo en una situación inhumana, pero, al menos, han podido venir aquí y conocemos sus rostros. Sin embargo, muchos otros nunca podrán abandonar su país porque no tienen medios. Tampoco su realidad interesa a los poderosos. La mundialización de la solidaridad es una meta alcanzar. Para que la globalización sea verdaderamente ética, sus ventajas tienen que ser reales para todos, comenzando por aquellos que son siempre los perdedores de la historia: los pobres. La gran asignatura pendiente estriba en que la globalización tal vez nos ha hecho más cercanos, pero desde luego no nos ha hecho más humanos y sobre todo más hermanos (cf. CV 19).

¿Qué puede aportar el cristianismo a la unidad y al encuentro entre los seres humanos? El cristianismo entiende la globalización a partir del mandato de Jesús: «Id por todo el mundo y anunciad la buena nueva»¹¹. Se

⁹ La convicción de que el deber esencial del cristianismo de hoy es también apuntar a la unión de la humanidad, y no solamente de las Iglesias, impulsa este tipo de ecumenismo, por lo que valora más la acción universal de reconciliación con el mundo, que la tarea repetitiva y sin claro fruto de una unión exclusivamente intraeclesial.

¹⁰ Por eso, ha podido decir Benedicto XVI en su encíclica *Caritas in Veritate*: «La globalización no es, a priori, ni buena ni mala. Será lo que la gente haga de ella» (CV 42).

¹¹ W. Kasper-D. Deckers, *Al corazón de la fe. Las etapas de una vida*, Ed. San Pablo, Madrid 2009, p. 344.

trata de salir hacia los otros, como Dios que, viendo la situación del pueblo de Israel, decide entrar en la historia para liberar a ese pueblo de la esclavitud. O cómo Dios que envió al mundo a su Hijo para salvarlo y no para condenarlo.

La tarea consiste en salir en busca de los pobres de Jesucristo. Desde aquí hay que reconstruir la verdadera fraternidad, la unidad y el sentido de la globalización.

Por desgracia, la Iglesia y el cristianismo viven una situación de desunión. Una religión que nació para salir al encuentro de los otros no por proselitismo sino para llevar un mensaje de salvación, vive en su interior en una triste contradicción. Unámonos y seremos creíbles.

Este es el primer reto para el cristianismo: recuperar el estilo radical de vivir de la vida de Jesús de Nazaret y de las comunidades primitivas cristianas, hacer que la globalización no sea un privilegio de unos pocos, o que los mismos de siempre sean los que impongan a los demás sus costumbres. Se trata que los más pobres y excluidos tengan un lugar en esta sociedad. No se puede hablar de justicia e igualdad mientras no se haga realidad en todas las personas.

UNA VERDAD QUE NACE DEL AMOR Y LA HUMILDAD

La Iglesia Católica lleva insistiendo, quizá excesivamente, estos últimos años con el tema de la verdad, y proclamando hasta la saciedad el peligro de la dictadura del relativismo. Creo que las religiones y confesiones deberían tomar en serio lo que decía san Agustín: «*Que se llega a la verdad por el camino de la caridad*». Y Teresa de Ávila hablaba de la verdadera humildad como «*caminar en la verdad*»¹².

¹² Teresa de Ávila, *El Castillo interior*. Sexta Morada, 10, 6.

El espíritu de superioridad que existe en cada una de las religiones y confesiones las hace poco creíbles. No olvidemos que Dios no es una verdad que poseemos, sino más bien que nos debemos dejar poseer por ella.

Admitimos que buscar la verdad es tener la osadía de aprender del extraño, del que cree y piensa distinto que nosotros. Decía Gadamer que «la verdad se construye siempre con el otro».

¿Qué rol puede desempeñar la Iglesia y los cristianos en el encuentro con los otros?

Una de ellas es intentar estar presente en aquellos lugares de sordera e incomprensión para ofrecer un espacio donde pueda iniciarse un diálogo con aquellos que son diferentes. No olvidemos que el *otro*, cuanto más participa de la otredad, cuanto más diferente es a mí, no sólo más me complementa, sino que más me remite al Totalmente Otro. Por eso, el *otro* siempre es revelador de Dios.

Por otra parte, pienso que la verdad esencial que la Iglesia propone sobre el ser humano es que estamos llamados a vivir según lo que somos: hijos e hijas de Dios y hermanos de nuestros prójimos. A realizar la vocación, a vivir y construir, desde el amor y la libertad, la comunión. Somos responsables los unos de los otros, y nuestra vida se realiza cuando la ponemos al servicio de los demás, particularmente para que los empobrecidos vivan. Esta es la verdad sobre la que se puede fundamentar la vida social y la acción política. Esta es la dignidad humana que se concreta en los derechos y responsabilidades del ser humano como fundamento de la vida social y la acción política.

El mayor problema con que se enfrentan las iglesias cristianas de hoy de cara a la evangelización del mundo es la división, la falta de unidad en la cátedra y en el altar. El mundo siente un gran anhelo de unidad y los cristianos no podemos ser ajenos a este problema. Por eso, los cristianos deben asumir como reto esta frase de Juan Pablo II:

«El mundo tiene necesidad desesperada de la plena comunión de una Iglesia única, signo e instrumento de la obra de Dios Uno y Trino para unir la familia humana»¹³.

«Que todos sean uno para que el mundo crea que tú me has enviado» (Jn 17, 21). Sin embargo, la gran dificultad o el gran fracaso de las misiones en África y en Asia se debe, en gran parte, a la falta de unidad de los cristianos. Se presentan muchas iglesias predicando cada una su propio credo. Algunos misioneros oyeron de los indígenas estas tristes palabras:

«Será mejor que os pongáis de acuerdo en Europa sobre vuestra fe antes de venir a predicarla a otros».

ANTE EL CENTENARIO DE LA ASAMBLEA DE EDIMBURGO (1910-2010)

Precisamente de esta experiencia dolorosa de las misiones surgieron las primeras iniciativas para crear una unidad de fe y de constitución. No olvidemos que el origen del ecumenismo moderno se sitúa en el mundo cristiano no católico, en la Conferencia misionera de Edimburgo (1910)¹⁴ que, aunque de carácter no oficial, daría lugar a tres hechos prometedores: la creación del Consejo Internacional de Misiones (1921), el Movimiento cristianismo práctico, con su primer encuentro en Estocolmo (1925), y el movimiento «Fe y Constitución», que celebró su primer congreso en Lausana (1927).

En el encuentro misionero de Edimburgo, el Espíritu Santo sorprendió a las Iglesias allí reunidas en la voz de uno de los delegados presentes,

¹³ Juan Pablo II, en su gran discurso ecuménico del 27 de noviembre de 1986 en Melbourne (Australia).

¹⁴ Para conmemorar el Centenario de la Asamblea de Edimburgo se ha elegido como tema «**Testimoniar a Cristo hoy**». Como respuesta a esta invitación, las iglesias han sugerido que el tema de la Semana de Oración por la Unidad de los cristianos de 2010 sea: «Vosotros sois testigos de estas cosas» (Lc 24, 48).

quien, en medio de aquella asamblea de iglesias misioneras, gritó con tanta fuerza que los muros entre los que se hallaban reunidos se abrieron de par en par a los nuevos horizontes de la unidad eclesial de manera similar al primer Pentecostés. Aquel delegado chino llamado Ching Yi, dijo estas palabras:

«Vosotros nos habéis mandado misioneros, que nos han dado a conocer a Cristo, por lo que estamos agradecidos. Pero al mismo tiempo nos habéis traído vuestras distinciones y divisiones: unos nos predicán el metodismo, otros el luteranismo, el congregacionalismo o el episcopalismo. Nosotros os suplicamos que nos prediquéis el Evangelio y dejéis a Cristo suscitar en el seno de nuestros pueblos, por la acción del Espíritu Santo, la Iglesia conforme también al genio de nuestra raza, que será la Iglesia de Cristo en el Japón, la Iglesia de Cristo en China, la Iglesia de Cristo en la India, liberada de todos los **ismos** con que vosotros cargáis la predicación del Evangelio entre nosotros»¹⁵.

También un cristiano indio se lamentaba en la III Asamblea del Consejo Ecuménico de las Iglesias, celebrada en Nueva Delhi el año 1961:

Nuestras Iglesias son jóvenes y se aman. ¡No las envenenéis con vuestras desdichadas historias occidentales de separación!

Hemos recordado más arriba que este año celebramos cien años de la Asamblea de Edimburgo, bajo el lema «*Testimoniar a Cristo hoy*». Desde aquí la Semana de oración por la unidad de los cristianos de 2010 ha querido proponer como punto de reflexión el texto de Lucas que dice: «**Vosotros sois testigos de estas cosas**» (24, 48). El texto hace referencia al

¹⁵ Citado por M.-J. Le Goillou, *Misión y Unidad. Las exigencias de la comunión*, Ed. Estela, Barcelona 1963, p. 50. Con motivo de la preparación para la Asamblea de Edimburgo envió al excelente análisis de David J. Hesselgrave, *¿Corregiremos el error de Edimburgo? La misión futura en perspectiva histórica*, en: «Misiones extranjeras» 230-231 (2009), pp. 452-479.

evento de la resurrección de Jesucristo. Es a partir de este acontecimiento cuando se les abre la mente para comprender la Escrituras. Cómo todo aquello que se había dicho de él en las Escrituras se había cumplido, y que estaba escrito que el Cristo padeciera y resucitara de entre los muertos al tercer día y se predicara en su nombre la conversión para el perdón de los pecados a todas las naciones. Nosotros somos testigos de estas cosas.

En esta Semana de oración por la unidad y con motivo del Centenario de Edimburgo, pienso que las Iglesias tienen necesidad de una mayor experiencia de Dios y de su Espíritu. Para ver brillar la presencia del Resucitado en las Iglesias quizás tengamos necesidad de purificar también la idea de Iglesia, preguntándonos si nos concentramos más sobre la estructura y la organización, sobre sus palabras y formulaciones o, si por el contrario, la Iglesia es para nosotros verdaderamente lugar en donde se hace experiencia. La experiencia de los discípulos de Emaús es necesaria para las Iglesias: **reconocer al Resucitado al partir el pan.**

¿No será esta recuperación de la firme esperanza y experiencia del Resucitado la que llevará a las Iglesias a la única profesión de fe y de un único testimonio?¹⁶

El Resucitado es también el crucificado. Nuestros hermanos de las Iglesias evangélicas, siguiendo la mejor teología de Lutero, señalan la importancia de la Cruz. Pero es necesario recordar a todos los cristianos que una buena teología de la cruz no basta para seguir al Crucificado¹⁷. Por eso, en la medida en la que las Iglesias se acerquen a Cristo, será posible que se aproximen más entre ellas. Esto se repite mucho en los ambientes ecuménicos, pero viene a ser poco práctico.

¹⁶ Cfr. T. Vetrari, *Sei tu l'unico a Gerusalemme a non sapere? (Lc 24, 18). Riconoscere il Risorto nelle Chiese*, en «Rv. Studi Ecumenici» 3 (2009), pp. 281-294.

¹⁷ F. Ferrario, *Non bisognava che el Cristo soportase queste sofferenze per entrare nella sua gloria? Croce e unitá della Chiesa*, en: Rev. Studi Ecumenici» 3 (2009), pp. 303-314, aquí 310.

¿CÓMO SE VIVE HOY EL ECUMENISMO ENTRE NOSOTROS?

Puede ser que actualmente no tengamos una actitud de hostilidad frente a las otras iglesias. Pero también es posible que mientras la Iglesia católica en su conjunto ha pasado, a raíz del Concilio, del anatema al diálogo, nosotros hayamos pasado de la hostilidad a la indiferencia¹⁸.

Apelando al carácter minoritario de las otras confesiones existentes en nuestro país, muchos católicos pueden sentirse tentados de minimizar la importancia de la tarea ecuménica. Frente a este peligro, el nuevo Directorio católico de Ecumenismo afirma que

«La participación de la Iglesia católica en el movimiento ecuménico en los países en que tiene gran mayoría, es crucial para que el ecumenismo sea un movimiento que comprometa la Iglesia entera» (DE 32).

El dolor que se experimenta al no poder participar juntos en la mesa del Señor tendría que ser precisamente el estímulo más fuerte para trabajar por la unidad.

Creo que al ecumenismo actual (en especial en nuestro país) le falta, sobre todo calar en el conjunto del pueblo de Dios (y también en los sacerdotes, religiosos etc.), hasta llegar a ser una dimensión que informa habitualmente toda su vida y no solamente una actividad limitada a una minoría de personas o a unas fechas especiales del año.

Las distintas iglesias o confesiones cristianas no deberíamos olvidar el desafío actual de la increencia, que es demasiado esquivo para una Iglesia dividida. Eso lo aplicó Mons. Desmond Tutu ante el problema del *apar-*

¹⁸ Envío a los siguientes trabajos: J. M^o Hernández Martínez, *Problemas y tareas del ecumenismo en España*, en: «Lumiera» 24 (1993), pp. 351-369; J. García Hernando, *La unidad es la meta, la oración el camino*, Ed. San Pablo 2004, especialmente pp. 189-236; J. L. Díez Moreno, *Historia del ecumenismo en España*, Ed. San Pablo, Madrid 2008.

theid, señalando que era un problema excesivamente grande para una Iglesia dividida.

El camino hacia la reconciliación y la unidad de las Iglesias se escribe con «e» de conversión, conocimiento, celebración y colaboración. Más aún, como común denominador, podríamos añadir todavía: con «e» de coraje, de constancia y, sobre todo, de caridad, ***porque en nuestra larga marcha hacia la plena comunión necesitamos todo el coraje y la constancia del amor cristiano.***

Y esto es lo que se espera de todos los cristianos en este nuevo milenio.

¿QUÉ HACER?

La Carta Magna del ecumenismo, la oración de despedida de Jesús, «que todos sean uno» (Jn 17, 21), no es un mandamiento, una disposición o una orden, sino, ante todo, una oración dirigida al Padre. Por eso, sostengo que el compromiso ecuménico significa unirse a esta oración de Jesús y rezar en nombre de Jesús. De ahí que haya que insistir, en la línea que marcó el Concilio Vaticano II, en el sentido de que «el ecumenismo espiritual es el corazón y el centro de todo ecumenismo» (cfr. UR 8)¹⁹. Esto equivale a decir que no puede existir ecumenismo sin conversión y sin renovación personal e institucional. Sin duda, la mejor forma de ecumenismo es vivir el Evangelio.

El Papa Juan Pablo II era muy consciente de la necesidad del ecumenismo y se dolía por la falta de avances en este terreno. En febrero de 2000 declaró en el Cairo: «No hay tiempo que perder para que el tercer milenio cristiano sea el milenio de nuestra plena unidad». En octubre del mismo año, recibiendo al patriarca griego ortodoxo de Antioquia, que abogaba por un diálogo ecuménico más sereno, más transparente y que respete mejor la pluralidad de las iglesias, respondía:

¹⁹ J. García Hernando, *La unidad es la meta, la oración es el camino*, o.c., pp. 15-57.

«Sufrimos por nuestra marcha (hacia la unidad) a veces se hace muy lenta... Hoy imploramos del Señor la gracia y la fuerza para sobrepasar los estancamientos del diálogo debidos a tantos intentos infructuosos. El diálogo ecuménico no debe ser bamboleado por el viento del desánimo o dejado a la deriva de la indiferencia y la desesperanza»²⁰.

Esta misma preocupación es la que expresó otro de los grandes ecumenistas del siglo XX, el hermano Roger de Taizé, ante los jóvenes reunidos en diciembre de 1998:

«¿Si fallamos en la reconciliación? ¿Sin reconciliación qué futuro hay para esta comunión de amor que se llama Iglesia?... El ecumenismo se inmoviliza cuando deja que se creen vías paralelas que terminan por utilizar las fuerzas vivas de la llamada a la reconciliación. Es como si unos trenes caminaran juntos: se detienen de vez en cuando para permitir un encuentro, luego cada uno toma su camino. A fuerza de aplazar la reconciliación, el ecumenismo, sin darse cuenta, podría ocasionar unas esperanzas ilusorias. ¿Y quién se atrevería a encaminar a las jóvenes generaciones hacia algo ilusorio? Cuando la vocación ecuménica no se concreta en reconciliarse, no lleva a ninguna parte y la llama se extingue.

Pienso que ha de tomarse en serio esta advertencia, que viene de alguien que ha trabajado toda su vida en la restauración fraternal del cristianismo.

Finalmente, quiero resaltar lo que dijo el Papa actual Benedicto XVI, en un discurso dirigido a la Comisión preparatoria de la III Asamblea Ecuménica que se celebró en Sibiu (Rumanía):

«En Europa, que está en camino hacia su unidad política, ¿podemos admitir que precisamente la Iglesia de Cristo sea un factor de desu-

²⁰ Ambas citas de Juan Pablo II están tomadas del libro de Jean Delumeau, *El cristianismo del futuro*, Ed. Mensajero, Bilbao 2006, p. 123.

nión y de discordia? ¿No sería este uno de los mayores escándalos de nuestro tiempo?

CONCLUSIÓN

Preguntarnos por el ecumenismo entre nosotros, es no ignorar el trabajo de muchos cristianos que han trabajado por la unidad de las Iglesias. Uno de ellos —es de justicia recordarlo en nuestra Iglesia española— es Don Julián García Hernando. Sin él, no se entiende el diálogo ecuménico en toda su profundidad. Él demostró con su vida que el diálogo ecuménico es un intercambio de dones en el que las Iglesias y las comunidades eclesiales pueden poner a disposición su propio tesoro.

Recordaré solamente una anécdota que dice mucho de su vida. En 1962, cuando Don Julián visitó por primera vez el Centro ecuménico de Taizé, se le quedaron bien grabadas estas palabras de Roger Schutz: «Ustedes, los católicos, hablan mucho de unidad de los cristianos. También nosotros, los protestantes, hablamos mucho de la unidad de todos los cristianos. ¿Sabe usted cuándo llegaremos a la unidad? Cuando ustedes, los católicos, se hayan identificado con Cristo de tal modo que puedan repetir las palabras de san Pablo, que dice: «vivo yo, pero no soy yo quien vive, sino que es Cristo quien vive en mí; y cuando nosotros, los protestantes, podamos repetir auténticamente las mismas palabras del Apóstol; ese día habremos llegado a la unidad».

Y el prior de la Comunidad de Taizé daba esta razón:

«Porque dos cosas, que son iguales a una tercera, en este caso Cristo, son iguales entre sí»²¹.

Estas palabras de Roger de Taizé son la que hizo vida Don Julián. Y porque dejó que Cristo viviera en él, por eso consideró a los cristianos de otras iglesias como hermanos.

²¹ J. García Hernando, *La unidad es la meta, la oración es el camino*, o.c., pp. 118-119.

Desde hace tiempo se viene citando mucho la frase de K. Rahner: «el cristiano del siglo XXI o será un místico o no será». Esta afirmación señala la exigencia de hablar a la humanidad de nuestra experiencia de Dios. Pero esta experiencia se debe concretar en compromisos reales. Pienso que el más urgente es la responsabilidad de reunir a todas las iglesias de cara a la evangelización. Por eso, habría que añadir que *el cristiano del siglo XXI o es ecuménico o no será. O somos cristianos unidos o no somos cristianos.*